

*Colección  
Cuentos desde el Bosque*

Las aventuras

de lluvia

Encinas

# Índice

Prólogo



## Cuentos

Lluvia encinas y la fábrica apestosa 11

Lluvia encinas y las orugas bobas 33

Lluvia encinas detective 53

Lluvia encinas y el misterio del bosque 71

Lluvia encinas y los ladrones de árboles 89



## Actividades

Actividades complementarias 105



—Es por la fábrica. Echa sus productos químicos al río y está totalmente contaminado. Los peces se murieron por el veneno del río, y los animales ya no tienen donde beber, así que los que no han muerto por la sed han tenido que marcharse.

—¡Otra vez la fábrica! —dijo el abuelo con rabia.

—Abuelo tenemos que hacer algo, esto no puede seguir así, vamos al colegio a contarles todo a mis amigos. ¡Tenemos que salvar el bosque!

—Sí, Lluvia, tienes razón, tenemos que hablar con todo el pueblo si hace falta. Hay que recuperar el bosque, o pronto se morirán todos los árboles y animales. ¡Que tarde es, debemos darnos prisa o llegarás tarde a clase!

—¡Tengo una idea! Creo que os puedo ayudar a llegar antes al colegio,— dijo la ardilla- Esperad un momento aquí.

La ardilla subió a un árbol muy alto y empezó a hacer señas hacia el cielo. Lluvia y el abuelo no entendían nada de lo que ocurría, pero esperaron para ver cual era la idea de la ardilla. Una enorme bandada de pájaros se posó junto a la ardilla, que explicó lo sucedido; a una orden del jefe de la bandada, bajaron todos los gorriones volando hasta donde estaban Lluvia y su abuelo.

Los gorriones saludaron con una graciosa reverencia en pleno vuelo y sin mayor esfuerzo agarraron con el pico la ropa de Lluvia y del abuelo levantándolos en el aire. ¡Eran muchísimos!

A Lluvia le gustaba mucho leer, sobre todo los días que llovía y no podía salir de casa a jugar con sus amigos o a montar en bici. Siempre pedía consejo a la señora Escribano para que le recomendara algún nuevo libro.

La bibliotecaria era una mujer mayor, muy simpática y cariñosa. Un día había explicado a Lluvia que cada vez iban menos niños a la biblioteca, pero no porque ya no fuese divertido leer, o no se escribieran buenos libros; leer seguía siendo igual de divertido y los libros se seguían escribiendo igual, el



problema es que los niños ya no lo intentaban. Les faltaba la imaginación, la mejor cualidad de un niño, porque no la utilizaban. Preferían ver la televisión o jugar con la consola, y no tener que pensar en nada, sin darse cuenta de lo que se estaban perdiendo.

Lluvia estaba de acuerdo con la señora Escribano, a la mayoría de sus amigos no les gustaba leer, decían que era un rollo. Pero Lluvia lo pasaba genial imaginándose todas las aventuras que les sucedían a los personajes de los cuentos y libros que leía. Si no probaban a leer un buen libro ellos se lo perdían.

—*Hola Lluvia, ¿que tal estás?*—preguntó la señora Escribano.

—*Bien, pero estoy buscando algo y necesito su ayuda.*

—*Cuéntame, ¿en que puedo ayudarte?*

—*Quiero un libro que hable de las orugas.*

—*¿Las orugas? Vaya tema más raro.*

—*Es para un trabajo del cole*—dijo Lluvia con una sonrisa.

No le gustaba mentir y menos a la señora Escribano que siempre se portaba muy bien con ella, pero prefería no tener que contar lo ocurrido con las orugas otra vez. Con la regañina de su madre había tenido suficiente.

Poco después llegó Martín con la policía. Les contó que habían detenido a los dos hombres del señor Somalo porque, al salir corriendo precipitadamente del bosque, habían tropezado con la policía y, al verles huir, los policías les habían arrestado. También habían detenido al señor Somalo gracias a la cinta que había grabado el abuelo. Ya no podría volver a intentar incendiar nada de nuevo.

Pero Lluvia no se conformaba con eso. Quería limpiar el bosque para que no se pudiera quemar tan fácilmente. Para ello pidió ayuda a todos los habitantes de Villacálida y entre todos cortaron los árboles secos, limpiaron las ramas caídas y sanearon todo el bosque para que siempre estuviese verde y hermoso.

Una parte de la madera recogida, la trituraron y la colocaron cerca de los árboles para que les sirviera de alimento y, el resto, la guardaron para usarla como calefacción en la escuela y el ayuntamiento en invierno; así el bosque les daba lo que necesitaban y a cambio los habitantes de Villacálida se comprometían a tenerlo siempre limpio.

A los pocos meses el señor Somalo salió de la cárcel. Había pagado una enorme fianza\* y el juez le dejó salir; no había estado mucho en la cárcel pero

Lluvia supuso que la próxima vez que quisiera perjudicar a los árboles se lo pensaría dos veces.

